

El Inca Garcilaso de la Vega: su obra y varias disquisiciones

Por *Margarita PEÑA**

Introducción

PARA INICIAR ESTE ARTÍCULO en memoria del Inca Garcilaso de la Vega quisiera hacer algunas reflexiones introductorias sobre el entorno del autor de los *Comentarios reales de los Incas*, ubicándolo en el contexto de quienes lo anteceden en la descripción de las Indias. Me refiero a aquellos que, además de ser conquistadores, disertan y polemizan sobre las nuevas tierras y el fenómeno del descubrimiento del Nuevo Mundo que pone de cabeza no sólo a Cristóbal Colón e Isabel y Fernando sino a europeos de toda laya: teólogos, oidores, veedores, italianos diestros en botánica y latín y, por supuesto, extremeños incultos como los Pizarro o letrados a medias como Hernán Cortés. Se trata de futuros conquistadores con su tufillo de estudiosos salmantinos —el propio Cortés—, marinos de oficio, polemistas tardíos tal el padre Las Casas, curiosos de gabinete, como estuvo a punto de serlo el Inca Garcilaso en su retiro de Montilla si no lo hubieran obligado a especular y disentir sus raíces indígenas, su prurito de veracidad.

El Inca pertenece a una generación de difusores, tardíos o tempranos, del fenómeno de la Conquista sin los cuales éste se habría quedado en el experimento intercultural de los respectivos territorios conquistados y en la ignorancia del resto del mundo. ¿Qué habría sido de la hazaña de Colón en su segundo viaje sin la presencia del sevillano Diego Álvarez de Chanca, médico, cuyos comentarios dan fe de los descubrimientos del Almirante cuando éste apuesta su palabra y el patrocinio de los Reyes Católicos contra el escepticismo general? No dio Colón propiamente con la ruta de las especias sino con la ruta del oro y del comercio de hombres, pero sabemos que en la segunda expedición lo acompaña Michele da Cuneo, italiano que narra sus experiencias en una carta a un tal Girolamo Annari, uno de los primeros en intentar una sistematización metódica de la naturaleza americana. Estamos en 1495, cuarenta

* Profesora e investigadora de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México; e-mail: <penamargarita261@gmail.com>.

y cuatro años antes del nacimiento del Inca Garcilaso (1539), y el Viejo Mundo bulle de expectativas ante las *Décadas* que Pedro Mártir de Anglería solía leer al mismo Papa. Historiógrafo de los Reyes Católicos, se dice que literalmente “entrevistaba” a los marinos recién desembarcados, procedentes de Indias.¹

Geógrafos como Martín Fernández de Enciso; cartógrafos como Juan de la Cosa; cosmógrafos como el propio Américo Vespucio y tantos renacentistas más (con inevitables resabios medievales) que menciona Antonello Gerbi en su *Naturaleza de las Indias nuevas*. Es evidente que el descubrimiento del Nuevo Mundo se consume no sólo en los hechos sino también a través de los entusiastas —ahora los llamaríamos reporteros, periodistas— de los sucesos de Indias. Cuando las noticias sobre el lináloe y el ambiente embalsamado de las islas, en el *Diario* de Colón, y el asombro ante las serpientes descomunales y el oro de Haití de los relatos de los navegantes empezaron a desgastarse surgiría la sospecha, más tarde convertida en leyenda, de grandes riquezas en tierra firme junto con la apetencia de ellas. Tal cosa ocurre en pueblos como el de los mexicanos y sus libros o códices incomprensibles, así como en Venezuela (diminutivo de Venecia conferido por el propio Vespucio) y en el Perú. Nos preguntamos cómo es que las esmeraldas se convierten en *leitmotiv*, en Indias y no los zafiros, por ejemplo. Álvaro Núñez Cabeza de Vaca cuenta casi al final de los *Naufragios* que “se dejó olvidadas” dos esmeraldas en la choza de donde lo sacan la alegría y el entusiasmo por haberse encontrado con otros españoles que vienen del sur a rescatarlos, según piensan, de un exilio por momentos atroz. Ignoro si en la crónica de Indias los rubíes, digamos, tengan tanta importancia como en los cuentos orientales (*Las mil y una noches*, por ejemplo) y los diamantes sean espectaculares, como en *Las minas del rey Salomón* de Ridder Haggard, o en las alucinaciones de Ernest Hemingway junto a las nieves del Kilimanjaro. Sin embargo, las esmeraldas abundan en los dichos del padre Blas Valera —informante del Inca Garcilaso—, del soldado-cronista Pedro Cieza de León y en las expectativas de Gonzalo Pizarro. Todos entre el Atlántico y el Pacífico, Guayaquil y el Perú. En años posteriores, algunos de los conquistadores provendrán quizás de las mesnadas al mando del

¹ Véase la reseña de Abelardo Villegas sobre *La naturaleza de las Indias Nuevas*, de Antonello Gerbi, publicada en *Dianoia. Anuario de Filosofía* (México, UNAM/FCE), vol. VIII, núm. 8 (1962), pp. 316-318.

mismo Carlos V en sus expediciones a Túnez o Argel; o habrán sido soldados marinos bajo el estandarte de don Juan de Austria, como lo fuera el mismo Miguel de Cervantes Saavedra en Lepanto y a lo largo de cinco años de deambular por el océano antes de ser hecho cautivo y conducido a Argel.²

*“El pequeño vio como el desafortado Hernando Bachicao
cañoneaba su casa desde la fronteriza catedral”*

EL pequeño, pienso, no sería otro que el futuro escritor.³ Pero según pude constatar en un reciente viaje a Cusco, la casa que se dice habitó el Inca no se sitúa precisamente frente a la Catedral... Antes de darme al examen de la obra del Inca (1539-1616) me permito una disquisición. La memoria se me va a los extremos de esa vida, a las dos poblaciones, Cusco y Montilla, que cobijaron respectivamente al niño nacido de una mujer de la realeza inca y un conquistador español, y despidieron al anciano cargado de papeles, palabras en castellano, modismos y vocablos en lengua vernácula, fantasmas cusqueños y leyendas, que se firmaba “Ynca Garcilaso de la Vega” en declaración expresa del mestizaje asumido. Se fuga el recuerdo a Cusco, o Cozco, en el cercano 2014; relumbrante cielo, montañas que lo tocan; calles estrechas como despeñaderos cargadas de chompas de lana y arcángeles arcabuceros; iglesias barrocas y sombríos conventos, cantera oscurecida por los años o ruinas incaicas más viejas aún, de cuadrada y maciza piedra amarillenta. Un sol glorioso ilumina la sombra; balcones —a lo pintura impresionista, con espectadores sentados— se abren a la gran plaza (allí mismo, en donde hojeo el volumen recién adquirido de los *Comentarios reales*); la catedral imponente en la que se guardan parte de las cenizas del Inca; su casa, frontera a otra plaza pequeña, una casa blanca, maciza, solitaria y más portales. Peregrinaciones y letanías, más cielo deslumbrante en el mes de julio... o como en abril, cuando naciera el niño, un día 12, en el lejanísimo año de 1539... Aquí y allá las gradas de las iglesias blanquecinas pobladas

² Margarita Peña, *Rehén de la fortuna (el cautiverio honroso y el cautiverio infamante en la obra de Miguel de Cervantes Saavedra)*, Guanajuato, Centro de Estudios Cervantinos, 2007.

³ Aurelio Miró Quesada, “Prólogo”, ed. y cron., en el Inca Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales de los Incas*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1976, tomo I, pp. ix-xliv, p. xi.

por una multitud que vende yerbas curativas, milagrosas; y el taxi me traslada, en volandas, al caer la tarde, hasta el albergue monacal.

Para documentar el contrapunto recreo, en el otro extremo de la memoria, Montilla en los años noventa, donde moró el Inca; en verano, la sofocante Montilla a tiro de autocar desde la blanca Córdoba. Éste nos bota, literalmente, a la entrada del pueblo. A Montilla hay que caminarla por su larga calle principal interminable, haciendo alto necesario en alguna iglesia sombreada, misericordiosa, hasta su plaza, sus figones con platillos apetitosos y sus letreros que guían al viajero a la casa de la “bruja de Montilla” —nada menos que la Camacha que junto con la Cañizares y la Montiel son personajes de la novela-entremés *El coloquio de los perros*—,⁴ o nos mandan al convento que cobijó a alguna monja venerable y, por ello, digna de memoria. Los extremos se tocan: buenas y malas mujeres, brujas y santas. Pueblo pequeño, casi desierto. Atracción principal: la casa en que moró y murió el Inca Garcilaso. Espaciosa, desierta, el jardín, una gran palmera; pulcras habitaciones de antes que ahora acogen a bibliófilos y críticos, a una modernidad interesada en el escritor, en sus trabajos, su vida cotidiana de mestizo ilustrado y su obra histórica, sus *Comentarios reales de los Incas*.

Montilla, para mí, viajera en el año 94, es el Inca Garcilaso de la Vega con ecos de hechiceras cervantinas; Cusco, revisitado en el cercano 2014, es el Inca en su pueblo natal, su progenie indígena en todo su esplendor. Veinte años han pasado desde la visita a Córdoba y Montilla, al *locus amoenus*. Mucho después creo reconocerlo en los rostros atezados, altivos, de los indios que desfilan por las calles de Cusco, portan estandartes... lejos quedan el paisaje andaluz del jardín, la palmera y la sombra del sabio de vida retirada, de los indígenas y mestizos del Cusco del siglo XXI; las calles abarrotadas; la explanada de la Catedral y la muchedumbre que se arremolina en la plaza al son de la música; el cielo azul sin nubes, las imponentes montañas cusqueñas. El pretexto para hallarse en Cusco, un congreso sobre el tema “Viajes y ciudades míticas”.

El tiempo que el Inca Garcilaso vivió en Montilla, según sus biógrafos, es el del humanista que en el relativo sosiego de un

⁴ Miguel de Cervantes Saavedra, *El coloquio de los perros: novela y coloquio que pasó entre Cipión y Berganza, perros del Hospital de la Resurrección, que está en la Ciudad de Valladolid, fuera de la puerta del Campo, a quien comúnmente llaman “Los perros de Mahude”*, en DE: <<http://Cervantes.uah.es/ejemplares/necoloquio/coloquio/coloquio.htm>>. Consultada el 7-IV-2016.

locus amoenus recuerda el Perú lejano, medita, recopila material a lo largo de charlas con informantes diversos —soldados, algunos clérigos—, hace acopio de datos y documentos a partir de los cuales imagina y reconstruye el pasado de su pueblo; escribe una obra fundamental, *Primera parte de los comentarios reales*, que se imprimirá hasta 1609, en Lisboa, por Pedro Craeksberg, con una dedicatoria a la princesa Catalina de Braganza, siete años antes de la muerte del autor el 23 de abril de 1616. Es evidente que la dedicatoria a una princesa de Portugal —de rostro severo en el grabado del libro, más tarde reina y madre de nueve hijos— brota del agradecimiento del autor al editor y al país en que se edita la obra, en el cual desembarcó a su llegada al Viejo Mundo.

Antes de los *Comentarios reales* había aparecido la traducción de los *Diálogos de amor* de León Hebreo y también *La Florida*, conocida como *La Florida del Inca*. Los largos años que el Inca vivió en Montilla son los del sabio que, como fray Luis de León en su jardín cerrado, “del monte en la ladera”, reconstruye una realidad lejana en el tiempo y el espacio y culmina una obra original —aunque se haya servido de los crudos relatos de Cieza de León, las didácticas apostillas del padre José de Acosta y las magnificaciones de Francisco López de Gómara— que le ha valido ser considerado un cronista con puntas de literato. Los *Comentarios reales* se imprimen hasta 1609, apenas siete años antes de su muerte ocurrida en 1616. Considerada una segunda parte de los *Comentarios reales*, póstumamente aparecerá la *Historia general del Perú*, editada en 1617 en Córdoba por la Vda. de Andrés Barrera.

A semejanza del *Quijote* de su contemporáneo Cervantes, el libro que inmortaliza al Inca Garcilaso se escribe en dos trancos: una primera parte, dedicada a reconstruir, para el lector y para sí mismo, el pasado indígena entrañable y a veces terrible como cuando se refiere, siguiendo al padre Valera y a Cieza de León, al canibalismo de los primitivos indios salvajes; y una segunda parte, la *Historia general*, suma de gestas, luchas, escaramuzas entre las dos razas que culmina con el ajusticiamiento del caudillo Túpac Amaru. Antes de seguir detengámonos en el pasaje de los *Comentarios reales* relativo a los primitivos habitantes del Perú. De inicio, hay que precisar que el autor hace una diferencia tajante entre los incas y los “salvajes” que les antecedieron en el tiempo. Aunque, adelantándonos, vale la pena reparar en lo que pareciera el descrédito por el autor de los primitivos habitantes —Libro Primero, Capítulo XII— cuando se refiere a la vida cotidiana en

“poblados sin plaza ni orden de calles ni de casas [...] como un recogedero de bestias; otros [vivían] en riscos y peñas altas a manera de fortalezas [...] otros en chozas derramadas [...] otros en cuevas”. Traza una imagen en negros de lo que llama la “rusticidad antigua”, cuando califica a los habitantes de “irracionales como animales de diferentes especies”. Se explaya afirmando que “hacían la guerra unos contra otros, usando de sus mujeres e hijas a toda su voluntad, desollaban a los cautivos usando los pellejos como cajas de tambor para [que] oyéndola sus enemigos huyesen”. Insiste en que estos indios salvajes eran “amicísimos de carne humana” y subraya: “Pedro Cieza, Capítulo xxvi, dice lo mismo y lo vio por sus ojos. Los hijos propios habidos en mujeres, extrayéndolos, también se los comían, y a las madres. Se comían a los parientes e hijos de los parientes, y no los perdonaban ni por el parentesco ni por la crianza [...] también a los padres cuando ya no estaban para engendrar”. Y concluye: “se comían también a los muertos”. Para desconcierto del lector, remitido a una realidad pasada, pronuncia: “y hoy están en lo mismo”. Pareciera contradecirse porque antes se ha referido a “aquella antigüedad”, a una época anterior al imperio inca con la que, insisto, hace una diferenciación tajante. Pero apunta inmediatamente, en presente: “Causa risa el traje de ellos”.⁵ Es decir alude a algo visto, reciente.

El lector se pregunta: ¿se trata de aberraciones pasadas o de horrores vigentes, contemporáneos al autor? En este punto puede hablarse de la ambigüedad como un rasgo suyo y de su escritura. Por otra parte, las descripciones negativas del indígena, inspiradas en el cronista Cieza de León o en las informaciones del padre Valera, estarían dictadas por el afán de justificar la Conquista, destrucción y apropiación por los conquistadores de un territorio antaño libre. He omitido algunos detalles excesivos y quiero pensar que tal saña con el pasado “remoto” del Perú se debería a que siendo el Inca Garcilaso un mestizo acaudalado reconocido por el padre, su lado hispano de hijo de conquistador se imponía sobre la verdad histórica del conquistado, el sometido: el indio, en una palabra. Ganaba su realidad cotidiana: vivir rodeado de mestizos como él en calidad de pequeños nobles con preceptores particulares, tales los hijos bastardos de Gonzalo y Francisco Pizarro, compañeros de estudios en la infancia y adolescencia. Pertenece el Inca a la

⁵ Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales de los Incas* [n. 3], p. 32. Todos los entrecorillados corresponden a dicha pág.

primera generación de una nueva nobleza indiana. Años más tarde el padre, Sebastián Garcilaso de la Vega y Vargas, se verá obligado a casarse con la española Luisa Martorel, unión de la que nacieron dos hijas que murieron jóvenes.

Hacia los veinte años de edad (1560), el Inca Garcilaso viaja a España para no retornar al Perú. Este viaje, voluntario o forzado, muestra de qué lado se inclinaba la balanza: el lado español paterno se imponía sobre el de la madre indígena. Se sabe que ya en la Península, años más tarde, en un momento crítico intentó regresar a Indias, sin lograrlo. Fue para su bien ya que en una etapa de afirmación hispana posterior a la Conquista los mestizos empezarían a ser mal vistos. Con parientes amables del lado paterno, acogedores, Montilla se convirtió en su refugio; la casa de su tío en morada señorial; posteriormente recibió herencias y legados, lo suficiente para vivir con dignidad entregado al estudio: disfrutó de la frecuentación de algunos hombres doctos como él, que habitaban entre Córdoba y Montilla. A lo que se sabe no sintió el llamado de la religión, se mantuvo seglar y procreó una hija con su sirvienta.

No se puede pasar por alto la semejanza con otro americano avecindado en España: Juan Ruiz de Alarcón, el dramaturgo nacido en México en el último tercio del siglo XVI, de padre español y madre criolla de ascendencia judía; estudiante en Salamanca, licenciado en la Universidad de México en 1608, vuelto a España en 1613 y discretamente amancebado durante veinte años con su ama de llaves Ángela de Cervantes; con una hija, a la que enseñó a leer, casó con un joven pariente y heredó a su muerte, el 4 de agosto de 1639. Tanto él como el Inca fueron escritores entre dos mundos. El teatro de Alarcón, impreso en dos tomos (Madrid, 1628; Barcelona, 1634) y la crónica del Inca sobre el Perú, también en dos volúmenes (1609, 1617) inevitablemente ostentan la huella de esa dualidad.

Paso a otro punto. Me aventuro a especular que en el curso de esos años montillenses de aparente calma, acumulación documental y escritura, el Inca Garcilaso pudo haber recibido la visita de otro ingenio, Miguel de Cervantes Saavedra, quien tras el cautiverio de Argel (entre 1575 y 1580) y la breve reclusión en la cárcel de Sevilla (fines de 1598-abril de 1599) deambuló casi dieciocho años por la que se conocía como la “parrilla” de Andalucía, cumpliendo su función de recaudador de abastos (cereales y aceite) para la Armada Invencible de Felipe II y luego, tras la derrota de ésta en 1588, como recaudador de impuestos para la Corona. En dichos

años escribe sus loados entremeses, época en la que bien pudo haber trabado conocimiento con la famosa bruja de Montilla y sus amigas, la Montiel y la Cañizares, a las que me referí al principio, y sostenido conversaciones sabrosas con el escritor retirado que alternaba su casa solariega con estancias en la ciudad de Córdoba. Vaya esto como una mera suposición. Ambos fallecerían en el año de 1616. Cervantes, en Madrid, el 22 de abril, enterrado el 23, día en que en Montilla muere el Inca Garcilaso. Cervantes (nacido en 1547), tras haber redactado cuatro días antes de su muerte la dedicatoria a su mecenas, el conde de Lemos, de *Los trabajos de Persiles y Segismunda*, que abre con las “famosas coplas”: “puesto ya el pie en el estribo, / con las ansias de la muerte / gran señor, ésta te escribo”.⁶ El Inca Garcilaso en Montilla, hasta donde se sabe.

Dos ingenios, “dos soles”, para decirlo al modo de la época, se ocultaron en la España de Felipe III, cinco años antes de que Felipe IV ocupara el trono en 1621.⁷ Alguien ha supuesto que *Los trabajos de Persiles y Segismunda* influyó en algunos aspectos de los *Comentarios reales*. Esto no pudo suceder a partir de la obra impresa puesto que *Persiles y Segismunda* aparece póstumamente, tras la muerte de ambos, de Cervantes y del Inca. Pero la influencia de Cervantes sobre el Inca sí pudo darse a partir de conversaciones sostenidas durante las virtuales “paradas” de Cervantes en Montilla a lo largo de su trasiego por Andalucía en las dos últimas décadas del siglo XVI, cuando se gesta *El coloquio de los perros*, la novela-entremés en que, junto a los perros interlocutores Cipión y Berganza, introduce al personaje de la bruja de Montilla: el entremés, una joyita cervantina. ¿Traería Cervantes en la mente desde los años noventa de sus caminatas por Andalucía, la idea, el germen de *Persiles y Segismunda*, su obra póstuma? ¿Habría imitado del Inca Garcilaso algunos personajes de los *Comentarios reales*, tales los “bárbaros”, los salvajes que aparecen en *Persiles y Segismunda* y que pudieran derivar en cuanto a arquetipo de brutalidad de los “bárbaros” del Inca Garcilaso que moraban en “los Antis” (los

⁶ Miguel de Cervantes, *Los trabajos de Persiles y Segismunda*, Maurici Serrahima, pról., México, Porrúa, 2000 (Col. *Sepan cuantos...*, núm. 422), p. 7.

⁷ Inicia un largo reinado que incluyó dos validos, el conde-duque de Olivares y don Luis de Haro; dos reinas, Isabel de Borbón y Mariana de Austria; un heredero fallido (Baltasar Carlos) y otro, Carlos II, enfermo de nacimiento, inepto para gobernar, amén de hijas (las Meninas), artistas protegidos como el pintor Velázquez y numerosas amantes. Reina largos cuarenta y cuatro años, hasta 1665. El tiempo de los grandes escritores empezaría a declinar. Lope de Vega muere en 1635, Ruiz de Alarcón en 1639, Calderón de la Barca sobrevive hasta 1680.

Andes) o habitaban en regiones bajas y calurosas? O bien, ¿sería, simplemente, un lugar común en ambos derivado, en Cervantes, no sólo del género de la novela bizantina, sino emparentado con el arquetipo prerrenacentista del “salvaje”? Éste es motivo frecuente en representaciones plásticas diversas cubierto de pieles o pelambre, a veces blandiendo un garrote,⁸ y al que parecen semejarse, sin garrote pero con flechas y cuchillos, los “bárbaros” salvajes de los primeros capítulos del *Persiles y Segismunda* cervantino y en lo belicoso, los indios salvajes de los *Comentarios reales*. ¿Se tratará de una aportación del imaginario colectivo, común en el folklore europeo, frecuente en cronistas como Cieza de León?⁹ ¿O bien, una mera coincidencia en el Inca y en Cervantes? El caso es que hay bárbaros en el Inca Garcilaso y bárbaros en *Persiles y Segismunda* de Cervantes. Y en la Nueva España, interesantes representaciones del salvaje europeo adornan construcciones civiles y religiosas (Mérida, Tlaxcala).¹⁰ Aunque no podemos pasar de largo sin retomar lo dicho: el autor peruano establece un corte tajante, una marcada diferencia entre aquellos salvajes primitivos y los indios que habitaban el imperio inca. Los bárbaros indios que practican el canibalismo desaforado, la sodomía y otros horrores según el Inca Garcilaso, no tienen relación, o no debían tenerla, con los incas que encontraron a su llegada los españoles. Hay un antes y un después. Aquellos salvajes provenían del norte, apunta el Inca en alguna parte de los *Comentarios reales de los Incas*.¹¹ Afirma, refiriéndose incluso al salvajismo de las mujeres: “las mujeres (más que los hombres) untan los pezones de sus pechos con la sangre del desdichado para que sus hijuelos la mamen y beban de su leche”, y añade: “Esta generación de hombres tan terribles y crueles salió de la región mexicana [¡!] y pobló la de Panamá y la de Darién [...] hasta Nuevo Reino de Granada y [...] Santa Marta”.¹² Se apoya en los datos supuestamente fidedignos del padre Valera, una de sus fuentes.

⁸ Una representación del “buen salvaje” es el grabado-colofón en Margarita Peña, ed. e introd., *Libro del juego de las suertes: oráculo de Lorenzo Spirito*, México, Martínez Roca/Planeta, 2002.

⁹ Roger Bartra, *El salvaje en el espejo*, México, UNAM/ERA, 1998. Bartra lo remite a la mitología medieval.

¹⁰ *Ibid.*, pp. 8ss.

¹¹ Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales de los Incas* [n. 3], pp. 29-30.

¹² *Ibid.*, p. 36.

VOLVAMOS a Montilla y al Inca. Habría que retomar los orígenes: su padre, Sebastián Garcilaso de la Vega y Vargas (Badajoz 1507-Cusco 1559), fue un conquistador y funcionario virreinal que se uniera a la princesa inca Isabel Chimpu Ocllo y que estaba emparentado lejanamente con el primer conde de Feria, Lorenzo Suárez de Figueroa. Sebastián Garcilaso de la Vega se relacionó con Pedro de Alvarado y participó en las conquistas de Hernán Cortés en México.¹³ En 1534 se dirige al Perú en busca de fortuna. Desembarcado en Venezuela, de allí marchó hacia Quito y se unió posteriormente a los hombres de Francisco Pizarro. Tras vicisitudes diversas, librar batallas, por decisión de la Real Audiencia de Lima, fue nombrado corregidor de Cusco en 1554.¹⁴ El nombre completo de su hijo cronista fue Gómez Suárez de Figueroa, conocido como Inca Garcilaso de la Vega (Cusco, Gobernación de Nueva Castilla, 12 de abril de 1539-Córdoba, Corona de Castilla, 23 de abril de 1616). El primer mestizo de alcurnia, en lo racial y cultural, de América. Como digo en nota, ninguna relación guarda con otro primer mestizo mexicano, Martín, hijo de Malintzin y Hernán Cortés, destinado por su nacimiento ilegítimo a la profesión que usualmente se daba a los segundones: la Iglesia.¹⁵ Un segundo Martín, también hijo de Hernán Cortés y su consorte española, con aspiraciones de virrey de la Nueva España dio lugar a la conjuración reseñada por el cronista criollo Juan Suárez de Peralta.

Vayamos al Inca. Su obra corresponde cronológicamente al Renacimiento; muestra un dominio del castellano explicable por el ambiente familiar en que creció, presidido por la personalidad del padre conquistador y corregidor. En sentido amplio, tanto la primera como la segunda parte de los *Comentarios reales* son un amplísimo ensayo de carácter histórico-literario con inevitables, y deliciosos, elementos de ficción; un gran fresco de Indias, recién

¹³ Es decir, el Inca Garcilaso podría haber nacido en México de haber permanecido allí el padre. Habría sido un mestizo como lo fuera Martín Cortés, el hijo mayor del conquistador, de quien lo separa un abismo en términos del brillo intelectual del Inca y la medianía del primogénito de Cortés, simple sacerdote.

¹⁴ Cambió de facción al pasarse al ejército de La Gasca, dando lugar a la desbandada de la tropa de Pizarro. Sebastián Garcilaso de la Vega, en DE: <http://es.org/wiki/Sebastian_Garcilaso_de_la_Vega>. Consultada el 2-iv-2016.

¹⁵ Murió quizás en el pueblo de Tepeaca, o Segura de la Frontera, en cuyo Templo de San Francisco hay una lápida borrosa con el nombre de Martín Cortés.

pisadas por la planta del soldado peninsular. Para el interesado en lo prehispánico, la *Primera parte de los comentarios reales* es ineludible como fuente de primera mano. Para quien se interesa por el momento de la Conquista, la segunda parte, *Historia general del Perú* es una mina de referencias a gestas y batallas trasmutadas por la visión garcilasiana, una suerte de dilatado libro de caballerías comparable, *lato sensu*, por momentos al *Amadís de Gaula* o *Las sergas de Esplandián*, narrado por quien en gran medida fuera testigo presencial por la vía de la mirada y del oído, de los acontecimientos y de la tradición oral; del relato de los hechos inmediatamente anteriores a la llegada del conquistador por los parientes incas cercanos. Como quien dice, historias de la infancia, historias de familia.

*“En el mayor fuego de las guerras de mi tierra”:
el Inca y su formación intelectual*

No hay que pensar, sin embargo, que estamos ante un cronista-testigo casual de los hechos; un ganapán inculto como fuera el joven Pedro Cieza de León, que llega a América a los quince años y se revelará como cronista —encumbrado más tarde a la nueva nobleza peninsular— para morir alrededor de los cincuenta, no. Estamos ante un ser de una sensibilidad y una educación especiales; un erudito que absorbió a un tiempo la realidad que lo rodeaba, la tradición oral y los libros de la antigua civilización incaica que le proporcionarían sus parientes maternos, así como obras del Renacimiento europeo que por un bendito descuido inquisitorial llegarían a caer en sus manos en el Perú o en la Península. Es seguro que el comercio de libros en el Perú debió estar vigilado estrechamente por el Santo Oficio, como sucedía en la Nueva España, y por tanto estarían prohibidas las “perniciosas” novelas de caballerías, encabezadas por *Amadís de Gaula*. Sin embargo, la antigüedad clásica se colaría de alguna manera hasta el joven aprendiz de humanista que viaja a España hacia 1559 y logra sumergirse en la plácida lectura y traducción de León Hebreo. Más tarde, en las fuentes de la conquista de la Florida por Hernando de Soto para culminar, en un acto dilatado de mestizaje intelectual, con la descripción del imperio incaico, su devastación por el extranjero que él presenció en parte y la construcción de una nueva utopía hispano-indígena que relató desde la blanca Córdoba. Esa ciudad evocada por Federico García Lorca cuando en el *Romancero* pronuncia: “Córdoba. /

Lejana y sola [...] // La muerte me está mirando / desde las torres de Córdoba”.

Podemos añadir: si los *Comentarios reales* ve la luz en 1609, contando el tiempo que suelen tomar las etapas de corrección textual y búsqueda de editor de todo libro, es claro que fue escrito casi totalmente en el siglo XVI. Desde el punto de vista estrictamente historiográfico, se considera que la obra del Inca tuvo influencia sobre los historiadores peruanos hasta fines del siglo XIX, cuando empezó a cuestionarse la veracidad de sus informaciones. Debió contribuir a ello el tono un tanto modesto, discreto, del autor que se apoya continuamente en autoridades, en cronistas oficiales como López de Gómara, o en algunos improvisados y audaces como Cieza de León. El padre del Inca era sobrino del poeta Garcilaso de la Vega, quien muere en el asalto a la fortaleza de Vacluse, cerca de Niza, en un acto temerario de valor ante Carlos V. Por lo que el Inca Garcilaso de la Vega vendría a ser sobrino-nieto del poeta renacentista difusor del soneto, autor de églogas, que cantara a las ninfas del Tajo y cuya obra fuera publicada conjuntamente con la de Juan Boscán por la viuda de éste. Aunque algo menor, Gutierre de Cetina, poeta-soldado, pisó la Nueva España, trajo los metros y tópicos petrarquistas en los sonetos, canciones, odas que conforman el cancionero misceláneo *Flores de baria poesía* (1587). Queremos pensar que el Inca pudo haber conocido de trasmano algo sobre su muerte en Puebla de los Ángeles hacia 1554; haber leído sus sonetos a la manera petrarquista. El poeta Luis de Góngora y Argote residía en Córdoba, independientemente de sus escapadas al Madrid de los Austrias y sabemos que describió en un soneto el estrepitoso fracaso de la representación en Madrid de *El Anticristo*, de Ruiz de Alarcón ca 1622. Guardando las respectivas distancias cronológicas, Góngora, Lope de Vega, Cervantes y los americanos el Inca y Ruiz de Alarcón conformaron con otros la “turba de nocturnas aves” (poetas, dramaturgos, cronistas), en ese momento del Siglo de Oro español.

El padre del Inca fallece en 1559. Adjudica al hijo cuatro mil pesos oro y plata para que vaya a estudiar a España.¹⁶ El 20 de enero de 1560 el joven parte de Cusco, llega al Callao, se embarca hacia Panamá, Nombre de Dios; de allí parte a Cartagena, La Habana, surca el Atlántico ancho y ajeno, luego las Azores y Lisboa. Des-

¹⁶ Miró Quesada, “Prólogo”, en Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales de los Incas* [n. 3], p. xiii.

embarcado en Portugal pasa a Sevilla, Extremadura (cuna de tantos conquistadores), finalmente arriba a Montilla, lugar sin gloria y residencia de una tía política emparentada con el poeta Góngora y Argote. El recibimiento es cordial al punto que se quedará allí largos años. Sin embargo, al principio se aventura en Madrid, en donde le niegan mercedes y vive pobremente; ofrece información a los mercedarios sobre el Perú (“quemando sus naves” de cronista), adonde ha decidido volver. La vuelta se frustra y retorna a Montilla.¹⁷

Empujado quizás por el deseo de singularidad, el miedo al anonimato (una forma de fracaso), inspirado en el nombre de su padre, Sebastián Garcilaso de la Vega y Vargas y en lo que suena a crisis existencial, decide cambiar el “Figueroa” de nacimiento por “Garcilaso de la Vega”. Aparece como tal a partir de noviembre de 1563.¹⁸ Un momento y un gesto decisivos. Pareciera que el nuevo nombre le cambia el destino. Formará parte de las “mesnadas señoriales” de don Juan de Austria, mesnada de Montilla, durante unos meses. Obtiene “despachos” de capitán de Felipe II y de don Juan de Austria, “de los que se iba a preciar toda su vida”.¹⁹ ¿Nombres, distinciones, les llamaríamos ahora? Gracias a este hecho sustancial se acerca, en cuanto a moda, al ideal de poeta-soldado a la manera de *El cortesano* de Baltasar de Castiglione, a poetas como Diego Hurtado de Mendoza, al propio Garcilaso de la Vega, a Gutierre de Cetina. Su destino queda sellado al de la España de los Habsburgo, los Felipes, como el de Cervantes, posible interlocutor en el retiro cordobés. Apunta Aurelio Miró Quesada, “hacer y criar caballos” y la casa familiar, harán de él “figura notable en la vida montillana”.²⁰ Un destino del que estarán ausentes padre, madre, familia cercana, descendencia directa, a cambio de amigos dilectos, frailes, cronistas, lecturas amenas, grata e inevitable soledad. Y la escritura. No como necesidad imperiosa al modo de Cervantes sino como reflexión, entretenimiento y añoranza, quizás, de un continente lejano. La patria: ¿el Perú, América?

En los *Comentarios reales* expuso el Inca la historia, la cultura y las costumbres de los pueblos del antiguo Perú. Posteriormente, el libro sería prohibido por la Corona española en todas las colonias

¹⁷ *Ibid.*

¹⁸ *Ibid.*, p. xx.

¹⁹ *Ibid.*

²⁰ *Ibid.*

por considerarlo peligroso, ya que revivía el recuerdo del pueblo anterior.²¹ En el último cuarto del siglo XVIII había que reafirmar las instituciones españolas en América. Para ello se escribieron comedias como *La lealtad americana*, del español Fernando Gavila, encargada a éste por el virrey Branciforte de la Nueva España y representada en el cumpleaños de la reina María Luisa, mujer de Carlos IV. La comedia resaltaba la lealtad de las colonias hacia la metrópoli, España. Las crónicas que exponían el pasado indígena debieron resultar poco gratas para los censores Borbones. Incluso los bien escritos y documentados textos del Inca Garcilaso.

Sin embargo, lo propiamente indígena no pudo haberse borrado. Había recibido en el Cusco una esmerada educación por parte de su preceptor español pero durante sus primeros años también estuvo en estrecho contacto con su madre y miembros de la nobleza inca, los hijos de Huaina Cápac: Paullu Inca y Tito Auqui. Recibió asimismo la instrucción de los “amautas” o sabios en temas como la mitología y cultura incas. Incluso aprendió rudimentos de astrología que salpican los *Comentarios reales*. Los Incas y Pallas en sus visitas a la madre y al hijo mestizo revivían el pasado reciente y solían terminar su conversación lamentándose: “Trocósenos el reinar en vasallaje”, etcétera.

Confiesa el Inca: “En estas pláticas, yo como muchacho, entraba y salía muchas veces donde ellos estaban y me holgaba de las oír, como holgaban los tales de oír fábulas”.²² O sea, lo que para los viejos era realidad dolorosa para el joven Inca eran meras “fábulas”, fantasía, anécdotas. Esta visión autoprotectora del pasado se traslada al relato escrito y hace de los *Comentarios reales* evocaciones y testimonios opuestos a una literatura reivindicatoria o de denuncia. Esto último se encontrará quizás en algunos pasajes de cronistas como el padre Las Casas, y sus diatribas ante Carlos V, o en los folios escritos por Cieza de León, que a su muerte legará al padre Las Casas, para citar sólo dos ejemplos de prosa “desmitificadora” de las bondades de la Conquista.

²¹ La prohibición estuvo vigente desde 1781 pero el libro continuó imprimiéndose en España. Los tiempos habían cambiado y el tono reivindicativo de los españoles y de la Conquista que domina el texto ya no tenía efecto sobre pueblos americanos decididos a lograr su independencia.

²² Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales de los Incas* [n. 3], p. 37.

La preocupación léxica: la toponimia

COMO todo humanista que se precie, en el Inca Garcilaso existe el prurito de la lengua, la curiosidad por descubrir el origen de los nuevos nombres que identifican ciudades y pueblos. En el Capítulo IV del Libro Primero, intenta esclarecer el origen del nombre *Perú*. Empieza contando el encuentro de unos españoles con un indígena al que aquéllos suben al barco, lo contemplan curiosos, lo “acariagian” y le preguntan sobre el nombre del lugar. Él contesta “Pelú”, “Bersú” que no era otra cosa que su propio nombre. Hacia 1515, 1516, dice el Inca, el Perú era ya “riquísimo y grande imperio”. Y añade: “corrompen los españoles casi todos los vocablos que toman del lenguaje de los indios”.²³ Partían del error grandísimo de creer que los “bárbaros” entendían lo que ellos les preguntaban, como si todos hablaran un mismo lenguaje, actitud típica del dominador hacia el dominado. Para los indígenas el nombre de su tierra era *Tahuantinsuyu* o “las cuatro partes del mundo”,²⁴ designación que los españoles abominaban. Acude el Inca al cronista Cieza de León para esto del nombre y proporciona ejemplos.²⁵ “Pelú”, en realidad, significaba *río*. Para el Perú convendría mejor el nombre de Nueva Castilla. Se mantuvo idéntico el nombre de territorios vecinos como Panamá y Huayaquil (con H). Sigue a López de Gómara en lo relativo a la Nueva España y cita topónimos como el de Isla Mujeres, llamada así por Francisco Hernández de Córdoba debido a las esculturas de piedra encontradas que parecían mujeres; Catoche derivaría de *catohe*, casa, en la contestación que dio un indígena a un español; Yucatán, de *tectetán*, es decir, “no te entiendo”, que era respuesta de los indios a las preguntas de los españoles con respecto a la península. En realidad los topónimos en muchos casos provinieron de malentendidos. Los indígenas creían entender una cosa y contestaban como podían, pero la pregunta de los extranjeros no correspondía a la respuesta recibida de los indígenas. Pareciera pues, que los topónimos se fundaron en equívocos y en continuos malentendidos que respaldaban la ilusión de las esmeraldas y el oro de los españoles e impulsaban las andanzas y preguntas de éstos que, eso sí, detestaban el nombre original de *Tahuantinsuyu*, como antes señalé, y lo sustituyeron prontamente por *Perú* o *Piré*, palabra

²³ *Ibid.*, p. 16.

²⁴ *Ibid.*, p. 17.

²⁵ *Ibid.*

de origen incierto: Pelu = río; Bersú, nombre propio del indígena encontrado al azar. Fueron algunos de los “yerros” españoles en el Nuevo Mundo respaldados a veces por la codicia de los cronistas mismos, como el padre Valera, quien dice *Perú* al aludir a las cantidades de oro y plata. También le llaman así Cieza de León y Agustín de Zárate. La codicia y torpeza de los soldados se filtran entre los renglones mesurados, inteligentes, del Inca de Montilla, en la metáfora, las imágenes y las referencias de los frailes, trátese del viajero Joseph de Acosta y su monumental *Historia natural y moral de las Indias* o de las apostillas del padre Valera.

Más ejemplos de topónimos: se bautiza como “Punta Santa Elena” a un promontorio que los navegantes vieron el día de la santa; Puerto Viejo, a un puerto ya conocido que los acoge en la tormenta. La geografía americana toma forma y nombre a partir de las tribulaciones de los navegantes, los espejismos y el azar. Puerto de entrada hacia los “ricos” territorios del sur, Nombre de Dios, en Panamá, se llamará también Castilla del Oro, luego Portobello que fuera atacado en el xvii por el pirata Morgan... Los bravos españoles están a punto de ser devueltos a la Península por las guerras que no pudo sospechar el Inca. El interés del autor por la toponimia revela el gusto por el rastreo lingüístico, las obsesiones del erudito, el afán de esclarecer los orígenes de las palabras. En el establecimiento de vocablos antiguos y nuevos conviven las raíces, lo propiamente vernáculo, y lo europeo, lo nuevo, traído o adivinado por el conquistador. De esta alquimia del lenguaje surgen los nombres de países y ciudades, la toponimia “fantástica” del Perú, como diría Borges...

“*El temor al océano*”

EL episodio del naufrago Pedro Serrano, en el Libro Primero de los *Comentarios*, reproduce una anécdota real teñida del miedo que experimentaban los navegantes ante el inmenso mar que debieron surcar para arribar a las tierras del oro y las esmeraldas. En este relato, antecedente del *Robinson Crusoe* de Daniel Defoe, se cifran el hado inclemente que parece presidir las empresas españolas en Indias, por una parte, y por otra, los recursos y la destreza de un ser humano que logra sobrevivir a las calamidades. Arrojado por las olas a una isla absolutamente desierta, el español se impone a fuerza de ingenio. No encuentra más que tortugas de todos tamaños y un cuchillo que ha podido salvar del desastre. Los quelonios le servi-

rán de todo, en primer lugar, de alimento: carne de tortuga cruda para saciar el hambre desesperada; los variados caparazones serán recipientes con distintos usos, incluso recoger el agua de lluvia; y los más grandes irán configurando las paredes de una choza *sui generis*. Con ramas secas y pedernal, Serrano se las ingenia para hacer fuego, una llamita que conservará viva por encima de todo, incluso la irrupción en la isla, tiempo después, de otro naufrago. La llama perenne se convierte en símbolo del instinto vital. En suma, es un relato más que simple crónica. El tratamiento lo eleva al nivel de ficción. Estamos ante Álvar Núñez Cabeza de Vaca y sus historias de esmeraldas perdidas; Daniel Defoe y su naufrago legendario. El Inca Garcilaso no es aquí el mero repetidor de sus informantes sino el fabulador de la aventura del navegante Pedro Serrano, una historia que circulaba de boca en boca antes de que se fijara en las páginas de los *Comentarios reales*.

Y una cala más: el temor al océano es asimismo todo un tema en el escenario de Cervantes, en los primeros capítulos de *Los trabajos de Persiles y Segismunda*, novela póstuma como antes indiqué. Sus personajes naufragos, Periandro, Auristela, Cloelia y tantos más, para salvarse de los bárbaros en una novela de encuentros y desencuentros que viene a ser resumen de la vida misma, se pierden en la negrura sin remedio del mar. Una coincidencia entre los personajes cervantinos y el naufrago real al que se refiere el Inca. Habría que profundizar en el mar como tópico por excelencia de la novela de aventuras y de la crónica de Indias; tema que oscila entre la realidad y la ficción, de importancia capital en una crónica de Indias que podríamos calificar de literatura entre dos mundos.

*El Inca Garcilaso de la Vega
y el cronista Carlos de Sigüenza y Góngora*

AL seguir la huella de dos personajes cervantinos, la bruja de Montilla, habitante del pueblo en que vivía el Inca Garcilaso, así como del “bárbaro”, personaje de la novela póstuma *Los trabajos de Persiles y Segismunda*, hemos reparado no sólo en las coincidencias sino en la posibilidad de un encuentro entre el Inca Garcilaso de la Vega y Miguel de Cervantes en Montilla que habría dejado huellas en la creación cervantina. Ahora bien, sin afán de forzar paralelismos y ateniéndome a evidencias sigo las constantes del género de la crónica, voy del Perú a la Nueva España, segunda mitad del siglo XVII. Reparo en las similitudes entre el Inca Garci-

laso y Sigüenza y Góngora (este último muy posterior en el tiempo al peruano: 1645-1700), en el punto concreto de la atracción de ambos por el pasado inca y mexica, respectivamente. Dejando aparte el *Teatro de las virtudes políticas* de Sigüenza y Góngora, que es recuento de la realeza indígena anterior a la Conquista, me concentro en una parte del *Paraíso occidental* (1680) referente al asunto de las vestales indígenas, concretamente al “modo con que en el tiempo de su gentilidad consagraban los mexicanos a sus vestales vírgenes”, punto que indudablemente coincide con alguna parte de los *Comentarios reales*. Vayamos primero al Inca en el Libro Cuarto cuando se refiere al lugar donde moraban las vírgenes escogidas. Empieza tratando de la casa de las vírgenes dedicadas al Sol (Acclahuasi), sus estatutos y ejercicios, la veneración de los indios hacia los quehaceres de las jóvenes escogidas y la ley contra los que atentaran contra ellas, las violasen. Puntualiza que no sólo en el Cuzco, sino en las distintas provincias del imperio incaico existían estas “casas de escogidas”; desmiente que las vírgenes fueran entregadas por mujeres a los capitanes, ya que estaban dedicadas exclusivamente al Sol. Menciona asimismo la existencia de mujeres públicas, llamadas *pampayrunas*, que habitaban chozas marginadas, alejadas de las poblaciones. En suma, dedica varios párrafos al tema de la mujer y su condición. El Capítulo 1 del Libro Cuarto dice:

Llamábase casa de escogidas porque las escogían por linaje o por hermosura. Habían de ser vírgenes, y para seguridad de que lo eran las escogían de ocho años.//Y porque las vírgenes de aquella casa del Cuzco eran dedicadas para mujeres del Sol, habían de ser de su misma sangre, quiero decir, hijas de los Incas, así del rey como de sus deudos, los legítimos y limpios de sangre ajena; porque de las mezcladas con sangre ajena, que llamamos bastardas, no podían entrar en esta casa del Cuzco del cual vamos hablando [...] Por tanto habían de ser legítimas de la sangre real, que era la misma del Sol.// Había de ordinario más de mil y quinientas monjas, y no había tasa de las que podían ser. Dentro, en la casa, había mujeres mayores de edad [...] las llamaban Mamacuna, que interpretándolo superficialmente bastaría decir matrona [...] Hacíaslas bien el nombre, porque unas hacían oficio de abadesas, otras de maestras de novicias para enseñarlas, así el culto divino de su idolatría como en las cosas que hacían de manos para su ejercicio, como hilar, tejer, coser. Otras eran portereras, otras proveedoras de la casa, para pedir lo que habían menester, lo cual se les proveía abundantísimamente de la hacienda del Sol, porque eran mujeres suyas.²⁶

²⁶ *Ibid.*, pp. 175-176.

Vayamos al cronista novohispano Sigüenza y Góngora que en su *Paraíso occidental*, retoma el asunto a partir de documentación muy anterior sobre la fundación del Convento de Jesús María, en donde hace amplia referencia a las “vestales” indígenas consagradas como tales por la sociedad y la religión anteriores a la Conquista en el capítulo “Historia de la Fundación del Convento Real de Jesús María”.²⁷ Siguen a éste las biografías de monjas concepcionistas tales Marina de la Cruz; Inés de la Cruz, narrada como autobiografía, en primera persona, así como “vidas” de otras monjas que habitaron en el convento. Particularmente interesantes son las vidas de Marina de la Cruz e Inés de la Cruz. La primera, narrada originalmente por el padre Pedro de la Mota; la segunda, única autobiografía del conjunto. Sin entrar en detalles respecto de la obra de Sigüenza y Góngora, me limito a señalar la importancia que ambos cronistas otorgan al tema de las mujeres dedicadas ya fuera a Dios o al Sol. Ambos prestan enorme atención a las mujeres enclaustradas y el Inca llega al punto, haciéndose eco de la nomenclatura católica desde los primeros tiempos del siglo XVI, de llamarles “monjas”, “abadesas”, “maestras de novicias”, “porteras”, “provisoras” igualándolas con las religiosas católicas, en un deseo de nombrar y equiparar el pasado inca con el presente cristiano en lo concerniente a una de sus instituciones y preocupaciones principales: el convento, la guarda y reclusión femenina. Hay que señalar una coincidencia curiosa: en ambos cronistas se precisa la edad de las futuras vestales o vírgenes: debían ser niñas de ocho años. Con ello se aseguraba la virginidad. Resulta evidente el afán del Inca por dignificar el pasado idólatra mediante un paralelismo con el mundo en transición hispanoindígena que le toca vivir. Es decir: la evidencia de la sujeción femenina a instancias masculinas superiores, institucionalizada en ambas sociedades, mexica e inca, novohispana y peruana, antes, durante y después de la Conquista. Una realidad histórica que responde a coordenadas sociales imperantes en España, en los territorios americanos conquistados y que en Nueva España, por lo menos, nos legó un acervo importante de textos —vidas, biografías y autobiografías de monjas, salidas de las prensas novohispanas— y dio lugar a un género literario: la prosa de convento, biografías firmadas por varones (sacerdotes, confesores) a partir de “cuadernos” redactados por las monjas mismas.

²⁷ Carlos de Sigüenza y Góngora, *Paraíso occidental* (1680), Margarita Peña, pról., México, Conaculta, 2003 (Col. *Cien de México*).

Es de suponer que un legado semejante pervive en los acervos bibliográficos del Perú, dejando aparte el caso singular de santa Rosa de Lima, primera santa de América canonizada a instancias de la reina viuda Mariana, que fuera esposa de Felipe IV y madre de Carlos II, el Hechizado, último soberano de la casa de Habsburgo, a finales del siglo xvii.²⁸

Concluyo aquí este intento de revisión de algunos puntos de la obra enciclopédica del Inca Garcilaso de la Vega que se prestan a la comparación con su contemporáneo español Cervantes y con el novohispano Sigüenza y Góngora. No son sino calas que merecerían desarrollarse con mayor detenimiento. Vaya, por lo pronto nuestro gusto y deleite por la obra histórico-literaria del Inca, “príncipe de las letras” en su momento y contexto: el Perú, España, Córdoba, Montilla siglo xvi, primer tercio del siglo xvii.

²⁸ Se ha dicho que a fines del siglo xvii compitieron al momento de la santificación (ésta, seguramente por razones políticas) de un americano, el beato Sebastián de Aparicio, de la Nueva España, y la popular Rosa de Lima, cuya veneración trascendía los muros de la casa de personas prominentes de Lima que la alojaban. El primero, “el fraile carretero”, nacido en Aragón, hombre proveyo, se había casado viviendo castamente, enviudado dos veces, obrando milagros, abriendo y transitando caminos novohispanos, alcanzando cerca de los cien años de edad. Rosa sobrevivió tan solo veintisiete años, postrada y aclamada, mortificándose con suplicios diversos, ingiriendo vasos de hiel, seguramente operando milagros. Al final, la balanza se inclinó a favor de ésta por decisión de la reina Mariana, cuyos argumentos en pro de la santa cubren varios folios de un documento que pudimos localizar en la Biblioteca de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

RESUMEN

Se aborda la infancia del Inca Garcilaso en Cusco y su madurez y muerte en España, la relación con la madre inca y con el padre español conquistador; la visión y crónica del mundo indígena a partir de relaciones orales recreadas en los *Comentarios reales* (1609) y en la *Historia general del Perú* (1617) y se pone el énfasis en la crítica de la antigüedad peruana, específicamente en la antropofagia. Se aborda también la influencia de Pedro Cieza de León y de Blas Valera, así como el posible encuentro con Cervantes y las amistades literarias. Asimismo se trazan paralelismos entre el Inca y el cronista Sigüenza y Góngora.

Palabras clave: Perú siglo XVI, Montilla siglos XVI-XVII, *Comentarios reales*, Miguel de Cervantes Saavedra, Carlos de Sigüenza y Góngora.

ABSTRACT

In this paper the author discusses Inca Garcilaso's childhood in Cusco and his adulthood and passing in Spain; his relationship with his Inca mother and his Spanish-conqueror father; and the vision and chronicle of the indigenous world based on oral accounts recreated in the *Comentarios reales* (1609) and *Historia general del Perú* (1617). She also emphasizes the criticism of Peruvian antiquity, specifically anthropophagy. The author addresses in addition the influence of Pedro Cieza de León and Blas Valera, Garcilaso's possible encounter with Cervantes, and his literary friendships. Moreover, she draws parallels between Garcilaso and New Spain's chronicler Sigüenza y Góngora.

Key words: 16th century Peru, 16th-17th century Montilla, *Comentarios reales*, Miguel de Cervantes Saavedra, Carlos de Sigüenza y Góngora.